

La calle  
Diario de un espectador  
Wispelwey  
por miguel ángel granados chapa

Viernes 14 octubre, 2005.

La figura en los conciertos de fin de semana de la Orquesta Filarmónica de la UNAM en la sala Nezahualcóyotl fue el chelista holandés Pieter Wispelwey. Pero el público otorgó su simpatía de modo notorio, antes que nadie, al director huésped, Eduardo Díazmuñoz, que tomaba la batuta ante un conjunto mexicano, en México, apenas unas semanas después de haber sido reivindicado (ante quienes hubieran creído lo contrario, no ante quienes siempre lo supieron al margen de toda ilegalidad) por un fallo judicial ante una acusación de apenas alcances burocráticos.

Díazmuñoz era director del Programa nacional de orquestas y coros juveniles de México, dentro del Conaculta. De pronto se descubrió que en áreas de ese programa trabajaban parientes del director. Era verdad, y él los había contratado por su aptitud para trabajar en tareas organizadas por dos organismos privados con forma de asociación civil. Estas agrupaciones fueron en cierto momento absorbidas por el Conaculta, donde rigen reglas contrarias al nepotismo, es decir a la incorporación de miembros de la familia a las labores oficiales. Sin tener en cuenta que el nexo de trabajo se había establecido antes de la pertenencia de todos a Conaculta, en un espacio privado donde no contaba esa regulación, se inició contra Díazmuñoz un proceso administrativo que concluyó con su despido e inhabilitación por un tiempo. Lo que no se hace con los ineptos y los ladrones se hizo con un músico notable por una falta que no había cometido. Por ello mismo, Díazmuñoz resolvió no conformarse con lo sucedido, sino que litigó su caso y después de muchos años y de ir y venir a los tribunales, la justicia le otorgó la razón, se le pagaron salarios caídos correspondientes al periodo en que sufrió la indebida sanción y, repetimos, su nombre quedó limpio si es que la temeraria acusación hubiera podido mancharlo.

Para dirigir en el pasado fin de semana a la Ofunam, Díazmuñoz viajó desde Chicago, donde reside desde agosto del año pasado. Allí, por una parte, dirige la división de ópera de la Universidad de Illinois en Urbana-Champaign, y por otro lado encabeza el Ensamble de música nueva de la propia universidad. Asimismo ha sido huésped de la orquesta sinfónica de Urbana-Champaign.

Tuvo la fortuna de que su regreso a un podio mexicano ocurriera con la presencia de Wispelwey. La Ofunam atacó inicialmente la obertura de Las bodas de Fígaro, de Mozart, y se adentró después en la grave espiritualidad de Haydn, de quien el interprete holandés tocó dos conciertos para violonchelo y orquesta, el número dos en re mayor, y el número uno en do mayor, en ese orden, antes y después del intermedio.

Wispelwey es un artista joven, robusto, al punto de que se le podría tener por un leñador y no como un virtuoso del chelo (por más que la ejecución de ese instrumento favorezca la fortaleza de los brazos y el pecho). Maneja con tal destreza y gusto el chelo, lo acaricia con el arco con tal sensualidad, que más de una vez parecía que el sonido brotaba de un violín y no de ese primo suyo más dado a la gravedad que a la brillantez de las notas agudas.

Wispelwey nació en Haarlem, Holanda y sus habilidades le permiten acercarse así a la música barroca como a las expresiones más modernas. Además de su exitosa carrera internacional, ha sido profeta en su tierra: recibió el Premio holandés de música, la primera vez que se concedió, en 1992, y ha sido estrella de su propio festival, tocado en el Concertgebouw, de Amsterdam, y se ha presentado con la orquesta filarmónica de Rotterdam. El año pasado realizó una residencia en el Festival Mostly Mozart, en Nueva York y este año inició una de cinco temporadas con la Filarmónica de Londres.

El instrumento que Wispelwey utiliza data de 1760, y fue construido por Giovanni Battista Guadagnini.

ERROR: undefined  
OFFENDING COMMAND:

STACK: